

CRÓNICA DE LA VERGÜENZA

¿Sabes?

aquí, el frío abraza los tejados

besa cada grieta

y trae canciones silbadas

que calan hasta los huesos.

¿Sabes que pasa?

Que en el mercado

las cestas diagnostican falsas anorexias

y se retuercen desnudas, frágiles.

Desprovistas de razón de ser.

Que los días hacen eco en la sopa

que en la calle no quedan bancos libres.

Que la fragilidad se ha vuelto cotidiana

y adiestrar la mirada hacia otra parte

el prozac de los felices.

Que los cuentos con moraleja

ya solo son para hijos pobres.

¿Los veis?

Hay pequeños grupos de críos

apretando las manos a sus madres

que se arremolinan al lado de los columpios

hoy,

las palomas dan de comer a los niños

migas de pan duro,
en el comedor de la vergüenza .

Vergüenza!
de los que miráis con los pies calientes.

Sabes que pasa?
que no nos quedan fuerzas para cargar más cruces,
ni panes
ni peces
ni mejillas por poner.

Que los gatos viejos y cansados
ahora duermen sobre cartones mojados
tiritan fiebre y vidas en ruinas
pequeñas muertes vacías de paz .

No quedan recetas para una muerte genérica.

¿Acaso no escucháis las voces buscando refugio?

No hay trigo para hacer trincheras
salimos a pecho descubierto
desprotegidos como niños huérfanos.

Vergüenza.
Por los que os quedáis mirando el holocausto
ignorando el hedor en la montaña de cuerpos.

¿Sabes que coño pasa?

Que salimos a la calle

a gritar futuros contra ventanas cerradas

a la guerra perdida de orgullos pisados

a dar puñetazos al aire que abandera costumbre.

Mientras,

en el foro

de los listos con los pies calientes

arregláis el mundo

hablando de no sé que mierdas

dejando a mis hijos sin libros

y firmando desahucios.

¿Sabes lo que a mi me pasa?

Que tengo helados los pies

que me duele la boca de decir no se puede

que estoy cansada.

Y que cada día

este puto camino

que dibuja la cuesta hasta casa

es más cuesta

y menos casa.

AGORAFÓBIA.

Te prometo.

Que no fui yo
quien rompió el ala del vencejo,
ni achicó el mar
para que cupiese en esta habitación.

Que no fui yo
quién manchó de sombras la calle,
ni amputó las cuerdas de la guitarra,
ni me tracé el cuerpo
con bordes negros.

No fui yo,
quién cubrió la puerta de arañas,
ni inyectó de vértigo las aceras
ni adornó con ojos los árboles.

Yo no.

¡Mírame!

Yo solo soy
la que pasea de puntillas
por el otro lado,
el error que te espera siempre en casa.
La coleccionista de espinas.

La presa adicta,
del eclipse en el umbral.

Mar Domínguez de “*Dame mi alma y déjame en paz*” 2014.